

arreatado entre sus muchos brazos al otro niño. Laoconte corrió hacia ellos, buscando inútilmente salvarlos y el pueblo angustiado vio cómo, con horrendos gritos, el padre y sus dos hijos luchaban vanamente con el monstruo que les retorció los brazos, oprimió sus troncos y los devoró no sin arrancarles amarga sangre por la boca y los ojos!

PRÍAMO —¡Oh dioses!

ENEAS —Ha corrido la hidra luego hacia el templo, y se ha escurrido silbando, entre los pies de la estatua de Atenea. ¡Ha desaparecido entre los pies y el escudo de la diosa!

TODOS —¡Atenea! ¡Ha condenado a su sacerdote!

CAPITÁN —¡Laoconte quiso hacer quemar el caballo!

HÉCUBA —¡Los griegos lo habían consagrado a Atenea!

CAPITÁN —¡Atenea castigó a su propio sacerdote!

PRÍAMO —¡Silencio! (Pausa.) ¡Entrad el caballo a la ciudad! (Grito desgarrado de Casandra. Salen varios.)

CAPITÁN —El caballo no entra por las puertas.

PRÍAMO —¡Destruid las murallas! ¡Yo mismo presidiré los sacrificios a la diosa Atenea! (Sale. Con él salen todos. Casandra sola, se deja caer ya sin lágrimas, en el asiento. Al cabo de un momento entra Paris. Observa a Casandra y cuando comienza a hablar lo hace con su habitual tono de volubilidad.)

PARIS —Jamás dejaré decir que las lágrimas secan las mejillas por donde ruedan. Haré confesar mejor que la hermosura, como las flores, resplandece más si se la riega. (Pausa. Casandra no contesta.) Por atender a los dolores no ocurridos aunque los dioses mandan, la entristecida Casandra deja de ver los que provoca ella misma... (Pausa. Mismo juego.) Troya se queja de las palabras de Casandra... ¿Qué diré yo, en cambio, su hermano, que no consigo escuchar una sola? (Pausa. Mismo juego.) Los males que habitualmente habitan su lengua, son pequeños comparados con este otro mal: Casandra ha perdido la lengua...

CASANDRA (Con voz sorda.) —¡Déjame, Paris!

PARIS (Mirando hacia arriba un momento.) —Los troyanos, entusiasmados con este sol que se les antoja maravilloso y distinto, no han reparado en que sigue siendo redondo... (Transición.) ¿Has pensado, Casandra, que el sol que da la vida sigue siendo el mismo de antes de la guerra? (Pausa breve.) Entre todos los dioses del cielo y de la tierra, es el único que puedo adorar en el fondo de mi alma. Es un dios de fuego. Un dios puro, que perdona todo lo que nace del fuego, así sea respetado o vilipendiado por los hombres. (Transición.) Es curioso, Casandra. Tú, que hablas siempre del fuego, te has olvidado del sol. Diríase que has apagado con tus lágrimas la parte del sol que te toca

CASANDRA —¡Paris!

PARIS —¿Sí?

CASANDRA (Con profunda angustia.) —¡Déjame!

PARIS (Siempre en el mismo tono.) —Tengo grabado en la memoria el día que te oí reír por última vez. (Pausa.) Los remeros se apuraban sobre las barcas diminutas y los árboles verdes tornaban verde el agua, al reflejarse. Estabas con Polimela...

CASANDRA (Se retuerce como si el recuerdo le fuera insoportable y a la vez no pudiera resistirse a él.) —¡Y Laódice!

PARIS (Impasible.) —Inclinadas las tres sobre el agua, apoyadas en la rama que clavó en tierra...

CASANDRA —¡Deifobo!

PARIS (Tras una pausa, con mucha viveza.) —¿Recuerdas el espanto de Laódice, cuando os caísteis las tres al agua?

CASANDRA —Polimela me culpaba a mí...

PARIS —Y tú no podías cesar de reír... Casandra: ¿dónde está aquella Casandra que no ha cesado de reír todavía? ¡Cierro los ojos y te veo, con el cabello mojado sobre la cara, el pelo pegado al cuerpo, a los pechos, al vientre!

CASANDRA (Trágica.) —Me parece un sueño esta hora tan vieja que has conseguido revivir dentro de mí... (Nuevamente angustiada.) ¡Paris! ¿Por qué no se alejan también las horas de lo que ha de pasar? ¿Por qué no se olvida el porvenir?

PARIS (Con dulzura.) —Y qué crees tú que hacemos todos para poder vivir? (Pausa.) ¡También estaba el sol! Brillaba sobre tu piel mojada...

CASANDRA (Cerrando los ojos casi llorando y con mucho énfasis.) —¡Paris! ¡Qué maravilloso día fue! Paris...

PARIS —Dime...

CASANDRA —Me lo has enseñado demasiado tarde... Había aún una manera de soñar, y yo no lo sabía... Soñar hacia atrás, mil veces sobre la misma hora maravillosa que se ha ido! ¡Paris! (La última vez pronuncia el nombre de su hermano con un sollozo, tapándose la boca y parte de la cara con las manos.)

PARIS —¿Y todo lo que no se ha ido, y sigue ahí, Casandra?... Hace diez años los griegos echaron a tierra sus mil naves. Levantaron una ciudad entera casi con sus tiendas entre el mar y nosotros. Pero nunca pudieron evitar que siguiéramos sintiendo, cada amanecer, el ruido de las olas, como antes... (Con intensidad.) ¿No lo oyes nunca, Casandra?

CASANDRA —Oigo... los gritos de horror que hay escondidos en esas olas.

PARIS (Ríe brevemente antes de hablar) —Y las nubes silenciosas, las nubes eternas del crepúsculo... ¿gritan también?

PARIS -Y el aire, el aire que no tiene color...

CASANDRA (*Interrumpiéndolo.*) -Tiene el olor de la muerte. (*Transición.*) ¡Paris! ¡Sólo en lo que ya pasó hay perfume! ¡Y lo que ya pasó se olvida! ¡Eso es lo atroz, Paris, del porvenir! Es un pasado no mitigado por el olvido.

PARIS (*Tras una pausa.*) -Es como decir: el pasado es un porvenir no mitigado por la esperanza... ¿Qué es más atroz, Casandra, Príamo que se puede morir o Héctor muerto ya para siempre? Ni porvenir ni pasado, Casandra. Este minuto luminoso del presente...

CASANDRA -Sí... este minuto presente que corre, que se aleja de la muerte de Héctor y se acerca a la de Príamo... (*Mirándolo y con horror.*) ¡Oh, Paris! ¡A la tuya!

PARIS (*Impasible.*) -Casandra... yo nunca he pensado en no morirme. Nadie en Troya ha pensado en no morir jamás. Por eso no te creen. Eres una profetisa que anuncia lo que, de cualquier manera todos saben...

CASANDRA -¡Oh Paris! ¡Saben! ¿Saben acaso que ninguno volverá a ver el sol mañana mismo? ¿Saben que Troya ha de arder esta noche hasta su última piedra, sin que alcance toda su sangre para apagar ese fuego?

PARIS -No... ni lo creo yo tampoco. Pero de todos modos, no te entiendo, hermana. No entiendo tu dolor. ¿O es que acaso si te creyéramos evitaríamos con eso morirnos algún día? ¿Es que obedeciendo tus palabras, nos transformaríamos en inmortales? Casandra: ¿es morir o no morir el problema? No... Aunque tuvieses razón, toda la diferencia que te angustia estaría entre morirse esta noche y morirse otra noche cualquiera...

CASANDRA -Tú lo has dicho, Paris. Y esa diferencia es... la vida.

PARIS (*Se ríe, derrotado.*) -Bueno... ¡cuéntame entonces cómo voy a morir... esta noche! ¡No! Prefiero no saberlo. Cuéntame cómo morirás tú...

CASANDRA (*Sin advertir la intención de Paris, con voz descolorida.*) Después que tú... después que todos los troyanos, sin más excepción que Eneas y su hijo...

PARIS -¿Morirás sola?

CASANDRA -No. Si así fuera, moriría feliz. Será junto a alguien estremecido de amor...

PARIS -¿Por tí?

CASANDRA -Sí. Alguien a quien también yo amaré... más que a los míos, aunque no pueda concebir todavía cómo es posible amar a un ser así...

PARIS -¿Un griego?

CASANDRA -Agamenón.

CASANDRA -Cuando sus compañeros embriagados por el triunfo se reparten los tesoros de Troya, Agamenón sólo reclamará a Casandra... ¡Seré en su nave, cuando parta hacia Argos, el único despojo de Troya!

PARIS -El que corresponde al rey griego. No hemos tenido jamás nada más alto que tú, como no sea nuestro infortunio.

CASANDRA -Tampoco me creará Agamenón, y en la primera noche, la jornada misma que pisemos su patria de Argos, su palacio natal, hemos de morir en el banquete... asesinados en la trampa de su funesta mujer...

PARIS (*Luego de un silencio largo, casi respetuoso.*) -Está bien. Sólo que... ¿tú misma no has afirmado que no serías de nadie sobre la tierra?

CASANDRA -La tierra pertenece a la muerte. Será sobre el mar... En el breve tiempo entre las llamas que devoren sobre la tierra a Troya y la sangre que empapará la tierra, en Argos, al llegar... (*Dentro de una ovación.*)

CASANDRA (*Enloquecida de angustia.*) -¡Oh Paris! ¡El caballo maldito! ¡El caballo con el vientre lleno de guerreros! ¡Corre! ¡Incéndialo tú mismo! ¡No escuches a nadie! ¡Toma la espada! ¡Toma una antorcha! ¡Toma fuego! ¡Mata a quien se te oponga! (*Paris desconcertado, no sabe qué hacer.*) ¡Paris! ¡No vaciles! (*Lo arrastra.*) ¡Quémallo! ¡Despéñalo! ¡Destruyelo! (*Dentro una ovación de alegría. Gritos "Victoria!". Paris vacila un segundo y sale rápidamente. Casandra, extraviada por la angustia, se acerca a la parte delantera de la escena.*)

CASANDRA (*Desgarrada.*) -¡Oh Apolo! ¡Perdón! (*Cae al suelo.*) ¡Perdón para los míos! ¡Aniquíleme Apolo! ¡Bastaría un adarme más de dolor, si es posible más dolor aún, para que muera! (*Llora.*) ¡Perdón! (*Con nueva angustia.*) ¡Devuélveme, Apolo, el eco! ¡Déjalos que me crean! ¡O ciégame! ¡Ciégame como a todos, para que tampoco vea este lamentable final de los míos! ¡Oh Apolo! ¡Oh dioses! ¡Oh cielo sordo... sordo... implacable! ¡Cielo sin piedad! ¡Dioses implacables y sordos! (*Se estremece en tierra, sacudida por el llanto.*)

(TELÓN)

Cuadro V

(El palacio de Anquises, padre de Eneas. Al levantarse el telón la oscuridad es completa. Al cabo de un momento, grito angustiado de Eneas: ¡Héctor! Ruido de pasos presurosos y voces. Entran por lados opuestos servidores con hachones y luces y Creusa. Eneas llora aterrado como un niño que hubiera sufrido una pesadilla y no terminara de despertarse.)

ENEAS — ¡No! ¡No! ¡No!...

CREUSA — ¡Eneas! ¡Soy yo! ¡Creusa! ¡Tu Creusa!

ENEAS — ¡No! ¡No! ¡Oh, Héctor! ¡Héctor!

CREUSA — ¡Eneas! ¡Soy yo, Eneas! ¡Yo! ¡Creusa!

SERVIDOR — ¡Príncipe!

ENEAS — ¡No! ¡Oh, Héctor! ¡No!

CREUSA — ¡¡Eneas! *(A los servidores.)* ¡Alumbradme!

ENEAS *(Llorando ahora más suavemente.)* — ¡Tú, Creusa! Creusa...

CREUSA — ¡Dejadnos! ¡Isio, coloca esa luz! ¡Dejadme con él!

(El servidor coloca la luz en un soporte. Los servidores salen.)

ENEAS — ¡Oh! ¡Dioses infernales! ¡Oh furias que gobernáis la vida de los seres mortales! ¡Sombra sagrada de Héctor! ¡Decidme todos que no ha sido más que un horroroso sueño! ¡Espectro de Héctor! ¡Acude tú mismo a decirme que no eras el espectro de Héctor!... ¡que eras sólo el espectro de un espectro, la sombra de una sombra, la aterrada ilusión del terror y no más que eso!

CREUSA — ¡Eneas!...

ENEAS — Creusa... ¿será posible que los dioses nos castiguen así? ¿Podrá así Troya perecer quemada por el fuego y entregada con todos sus hijos a la crueldad de sus enemigos? ¿Podrá esta noche ser la señalada por un hado tan nefasto? ¡La muerte de Príamo y sus hijos!... ¡El martirio de todo su pueblo!... ¡La destrucción de todo cuanto, desde nuestro nacimiento mismo, hemos amado!... ¡Creusa!

CREUSA — ¡Eneas, apiádate!

ENEAS — Ya no ha piedad para ninguno de nosotros. *(Mirándola intensamente.)* ¡He visto a Héctor!

CREUSA — ¡Héctor está muerto!

ENEAS — ¡Lo he visto muerto! Mil veces ha aparecido en mis sueños, pero esta noche no era un sueño. ¡Era Héctor... muerto!, visible en la oscuridad como un árbol es visible en la mitad del día. No estaba armado y puro como en los sueños, con el casco coronado de la crin de un caballo teñida de azul. Está muerto hace años, Creusa, y muerto se me apareció, como

cuando ya muerto Príamo lo trajo! Con los ojos cegados por las heridas, sin luz, sin vida... Con la boca deshecha por los golpes de la lanza... Con aquel tajo horrendo en la garganta... Oh, dioses! Con la barba pegada por la sangre y la tierra... Desarmado y amarillo, con el olor espantoso de la muerte! ¡Y era Héctor!... nuestro sagrado Héctor! *(Se cubre la cara con las manos)* Creusa... yo había olvidado su voz y esta noche he tornado a escucharla!

CREUSA *(Rígida.)* — Su voz... ¿qué espantoso anuncio ha traído?

ENEAS — ¡La destrucción, esta noche, de Troya! *(Breve pausa.)* "bastante hemos dado a la patria y a Príamo... " me ha dicho. Luego extendió la mano... su mano... inconfundible y muerta.

CREUSA — Extendió su mano...

ENEAS — "Si una mano troyana —dijo— hubiera podido salvar a Troya, la mía hubiera sido... Tu misión, es más dura que morir..." *(La emoción le interrumpe.)*

CREUSA — ¡Por los dioses! ¡Prosigue!

ENEAS — "Toma, Eneas, los penates sagrados que nadie ha movido jamás del fondo del altar, y parte!... ¡tú y tu hijo!... para salvar el culto de los nuestros y la raza de Dárdano... ¡Para fundar, cuando ya nada quede, otra Troya que ha de regir al mundo!" Eso ha dicho. ¡Oh dioses! ¡Partir...! ¡Héctor me ha ordenado partir! *(Entra un Servidor por el fondo y por la izquierda. Se detienen como fantasmas apenas visibles entre la oscuridad y la luz. Un instante de silencio. Creusa y Eneas se yerguen mirándose sin atreverse a hablar.)*

SERVIDOR I *(Con voz incolora.)* — Troya ya pertenece a Agamenón.

SERVIDOR II *(Idem.)* — Los griegos escondidos en el vientre del funesto caballo han abierto las puertas. Los soldados de Agamenón ocupan ya el alcázar y han incendiado el mercado y el arco! ¡Ignoramos la suerte de Príamo, pero nadie espera verlo vivo cuando asome el alba!

ENEAS *(Grita.)* — ¡Ni a mí! ¡Oh dioses! ¡Perdóname, Héctor, pero si es posible que yo parta, primero ha de ser posible que los cadáveres de todos los troyanos sean cubiertos por los cadáveres de todos los griegos! *(Ordena.)* ¡Isio, mis armas! ¡Armaos todos! ¡Luces!

SERVIDOR I — ¡Es inútil, príncipe; lo que fue el reino de Príamo es ya solamente una hoguera monstruosa!

ENEAS — ¿Es que nadie combate? ¿Dónde están los troyanos?

SERVIDOR — Los troyanos fuimos. Fue Troya. Fue la gran gloria de los Tancros.

ENEAS — ¡También decid que Eneas fue...! ¡No he de vivir para ver las